

La Cabaña 8



Lucía Coll Medina

SÁBADO

Capítulo 1

Cuando me desperté, sentí que estaba empapado. Toda mi ropa estaba mojada y pesaba en mi cuerpo tanto que casi no podía levantarme. Miré hacia arriba, y nevaba. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí. Estaba calado, desorientado, hambriento y dolorido. Coloqué mis piernas de forma que las plantas de mis pies tocaran el suelo. Estaba frío, húmedo y olía a tierra. Me agarré a una rama que salía del tronco de un árbol y con un grito agudo me levanté.

Me dolía todo el cuerpo, como si tuviera un millón de agujas clavadas. Me quité la ropa como pude y la dejé caer en la nieve. Fue ahí, cuando vi que la camisa blanca que llevaba estaba manchada de sangre. Palpé todo mi cuerpo para encontrar alguna herida. Nada. La sangre no era mía.

VIÉRNES

Capítulo 1

—¡Hoy va a ser un día especial! Estoy un poco nervioso pero muy emocionado. Le va a encantar. Estoy seguro de que me dirá que sí. ¡Va a ser un fin de semana inolvidable! —dije saltando de la cama.

Mi hermano me mandó a callar porque eran las cinco y media de la mañana y él quería seguir durmiendo. Sabía que él también estaba emocionado pero sus ganas de dormir podían más con él.

Chris me ayudó a preparar todo. Cuando le conté mi plan me dijo que estaba loco. Solía decirme cosas así aunque luego siempre me ayudaba cuando lo necesitaba.

Hacía frío esa mañana. Habían bajado las temperaturas diez grados como había previsto el del tiempo. Necesitaba empacar mi maleta. Además, tenía que buscar mi bufanda de rayas verde y gris y los guantes negros a juego con las botas para la nieve. «Las guardé el año pasado, en la parte de arriba del armario, al fondo junto con todas las prendas especiales para nieve. Espero que sigan allí». Me dije dudando.

Aquí en Murcia no suele nevar pero sí en la Cordillera Cantábrica y mucho. Había reservado una cabaña en «Cabañas Picos de Europa» cerca del Parque Natural de Somiedo, en Asturias. Se veía bastante bien en las fotos de la web; Una habitación doble, cocina y salón comedor, todo diáfano. El salón destacaba por la gran chimenea hecha de piedra y una alfombra gruesa rectangular beige junto a ella. La habitación se situaba arriba en una semiplanta a la que se llegaba por una escalera de madera. El baño estaba junto a la habitación. Era pequeñito pero suficiente para los dos.

Imprimí el e-mail donde se leía:

Reserva confirmada:

—Cabaña doble número 8.

—Huésped: Erik Walsh.

SÁBADO

Capítulo 2

Empecé a caminar despacio. Seguía nevando, pero me gustaba sentir la nieve sobre mi cuerpo y el olor a tierra mojada me relajaba. Al cabo de un rato mis músculos ya no dolían tanto y mi paso era más rápido. No sabía qué hora era, ni cuánto tiempo llevaba caminando aunque no había dejado de preguntarme cómo había llegado hasta el bosque. «¿Por qué tenía sangre en la camisa?» Y lo más importante: «¿dónde estaba Lara?»

Dejó de nevar y pronto comencé a escuchar el cantar de los pájaros. Seguía caminando, sin saber bien hacia adónde, sólo seguía mi instinto. Examiné a mis alrededores, sólo había árboles y nieve. Me senté junto al tronco de un árbol a descansar y me di cuenta de que no podría seguir caminando mucho más tiempo sin agua, comida, ni ropa; por lo que decidí subir al árbol.

Quería ver si podía divisar algo en la distancia que me ayudara a recordar o por lo menos, a orientarme. Sentí la rugosidad del tronco en mis dedos, creo que me hacía más fácil la subida. Alcancé unas ramas gruesas que había en el lado derecho. Estiré los brazos y me impulsé con los pies hasta que mis manos se aferraron a las ramas y conseguí llegar a la copa del árbol.

Una vez arriba, pude observar una cabaña no muy lejos de mí. La chimenea estaba encendida.

—¿Será esa mi cabaña? Me pregunté. Bueno, en cualquier caso allí habrá alguien que me podrá ayudar.

Hablaba en voz alta, para mí. Me hacía sentir menos solo. Bajé del árbol y caminé apresurado por las ganas de comer.

Aunque iba descalzo y casi desnudo, (sólo llevaba mis boxers negros Boss), mi cuerpo se había acostumbrado a la bajísima temperatura y ya no sentía frío sino hambre, mucha hambre.

Me encontraba cerca de la cabaña pero desde donde estaba todavía no podía ver el número en la puerta. Como no estaba seguro de que fuera la mía, me acerqué cauteloso. Tenía miedo de lo que me podría encontrar. «¿Y si hay alguien muerto dentro?» me pregunté.

Agachado sobre la densa nieve, traté de ocultarme mientras me acercaba a la cabaña. La nieve helada rozaba mis muslos, «qué fría estaba, me había olvidado desde que dejé de sentirla en mis pies y piernas».

Cuando llegué a la puerta de la cabaña vi que tenía el número 8 pintado en ella. «¡Es mi cabaña!» Me dije ilusionado.

Había notado, que el color de la pintura negra del número se veía más vivo que el primer día que llegamos. Tal vez la humedad de la nieve hacía que brillara más.

Decidí mirar por la ventana que daba al gran salón-cocina. Desde fuera no podía ver a nadie. Sólo veía que el fuego de la chimenea se estaba consumiendo.

Estaba muy preocupado por Lara. Quería encontrarla, saber que estaba bien e irnos de ese lugar lo

antes posible. Al fin y al cabo ese no era el fin de semana que yo había planeado.

Con miedo de que hubiera un huésped nuevo dentro, llamé a la puerta con el puño. No hubo respuesta. Volví a llamar. Ésa vez fue un poco más fuerte. Noté, que mi cuerpo no se movía con la misma rapidez y fuerza de antes. Me sentía muy cansado. Sabía que no podía quedarme mucho más tiempo fuera o me congelaría allí mismo.

Así que, agarré el pomo de la puerta y la empujé despacio. Un chirrido se oyó de repente.

—¡Mierda! dije enfadado y un poco asustado.

Si había alguien en la cabaña ya sabría que otro alguien estaba intentando entrar.

Me llené de valor y pasé adentro. Cerré la puerta de un empujón trás de mí y miré a mi alrededor. El interior de la cabaña era igual que la mía. Todo estaba en silencio. Parecía estar vacía.

Tenía el frío calado en los huesos por lo que di varios pasos, muy despacio hacia la chimenea. Mis pies pasaron de notar la madera a sentir la cálida alfombra beige frente a la lumbre. Me puse en cuclillas y estiré los brazos. «Oh, qué bien sentaba sentir el calor». Notaba como el calor llegaba a las puntas de mis dedos y pasaba por mis manos, a través de mis brazos y se esparcía por todo mi cuerpo.

Había perdido la noción del tiempo por el cansancio y el frío. Cuando por fin mi cuerpo hubo cogido una buena temperatura, ya estaba listo para ir a explorar la cabaña y averiguar dónde se encontraba Lara. Así que, me levanté y caminé hacia la cocina. No había restos de comida, ni platos sucios, «qué raro» me dije. ‘Tal vez, sí que hay nuevos huéspedes en la cabaña que me puedan ayudar.

Respiré hondo, me atreví y grité:

—Hola, ¿hay alguien? ¡necesito ayuda, por favor! Mi voz sonó áspera y quebrada.

Silencio.

Después, oí un fuerte golpe y caí contra el suelo. Veía motitas de polvo, alguna astilla levantada en la madera y luego nada.

VIÉRNES

Capítulo 2

Bajé a la cocina con la maleta ya hecha y la dejé al lado de la pared junto a la puerta principal.

Miré el reloj «las 7:30, buena hora para empezar a preparar el desayuno». —Dije para mí.

Decidí preparar el desayuno favorito de mi madre: tortitas con bacon, sirope de arce y frutas silvestres.

¡Me encanta cocinar! Aún recuerdo cuando tenía 6 años y le dije a mi madre que un día me convertiría en un Chef profesional. Recuerdo como me tomó de las manos y me miró con sus ojos azules, en los cuales podía ver el mar si los miraba fijamente. Me sonrió y me dijo con voz dulce: —cariño, tú podrás ser lo que tu quieras si te lo propones y luchas por ello. Todavía recuerdo su cara y el beso que me dió en la frente aquel día y siempre lo recordaré aunque ella ya no esté.

El primero en bajar aquella mañana fue mi padre, todavía llevaba el pijama de cuadros que mi hermano y yo le regalamos por Navidad. Su pelo negro y rizado se veía tan despeinado como si hubiese batallado con alguien toda la noche.

—Buenos días, Erik. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, papá. Sí y por lo que veo mejor que tú. Dije con una sonrisa burlona.

—Ni lo menciones. Salí a tomar unas cervezas con los compañeros de trabajo y volvimos a las tantas.

—Es que, papá, aunque te empeñes en negarlo ya no eres tan joven. Le dije dándole un par de palmaditas en la espalda que le provocaron un poco de tos.

Yo me reía y mi padre se unió a las risas cuando dejó de toser.

—¿Qué está pasando aquí abajo? Dijo una voz detrás de nosotros.

Era Chris.

—Por fin bajas, bello durmiente. Le dije mientras me inclinaba con una reverencia.

—Anda calla. Y ¿el desayuno? Huelo a tortitas recién hechas. Dijo Chris mientras se frotaba las manos ansioso de comida.

—Toma, aquí las tienes. Pensé que hoy sería bueno comer el desayuno favorito de mamá. Hoy sería su cumpleaños.

—¿Qué? Ah, sí, sí. Dame y vamos a comer.

Además de las arrugas que tenía marcadas en la cara por la sábana, noté en la cara de mi hermano un ligero sentimiento de tristeza. No estaba muy seguro de si se habría olvidado o todavía no lo habría superado. Desde que mamá murió hace dieciocho años nunca ha hablado del tema.

Supongo que le entiendo. Chris era más pequeño que yo. Para mí, con 20 años fue duro, así que para él que sólo tenía quince ni me lo puedo imaginar.

Mi padre se sentó a la mesa, al lado de mi hermano. Los dos conversaban mientras comían. Creo que mi padre le comentaba su aventura nocturna con los compañeros de trabajo. Chris escuchaba con atención, mientras cortaba las tortitas en forma de triángulos. Pinchaba uno, lo mojaba en sirope de arce y se lo comía. Miraba a mi padre mientras masticaba su triángulo y de vez en cuando se quitaba con la mano izquierda su pelo rubio de los ojos.

Chris me recordaba mucho a mi madre. Tiene el pelo rubio medio largo y repeinado hacia atrás (menos por las mañanas, que le caía en los ojos porque no se ponía gomina) y los ojos azules como ella. Además, Chris es de compleción atlética. Ha jugado al baloncesto desde la escuela y ahora es jugador profesional de baloncesto en Murcia.

Nuestros amigos y familiares dicen que no nos parecemos en nada físicamente y creo que es cierto. Yo he salido más a mi padre. Pelo negro, rizado y ojos verdes. Soy alto, pero mi hermano es más alto que yo y no me considero tan en forma como él ya que no hago tanto deporte. Sólo voy al gym de vez en cuando y a diferentes horas según mi horario en el restaurante.

—Oye Erick, se te va a enfriar el desayuno y lo has cocinado tú. Anda, deja de divagar y siéntate a comer con nosotros. Dijo mi padre, pinchando en una de las tortitas.

—Sí, ya voy.

—A ver, cuéntanos. ¿Lo tienes todo listo para vuestro fin de semana especial en Asturias? Preguntó mi padre antes de meterse las tortitas en la boca.

—¡Por supuesto, papá! Ya está todo listo. Y gracias a Chris, que me ayudó muchísimo. Él se encargó de reservar a mi nombre la cabaña y además consiguió un pequeño descuento, ya sabes, con esto de que es un jugador famoso y tal. Dije entre risas.

Todos nos reímos con mi comentario.

—Y al final, ¿qué le has dicho a Lara? Quiso saber mi hermano.

—Pues nada, le dije que prepara sus maletas porque este fin de semana nos iríamos a pasarlo fuera y que haría mucho frío. Además, le dije que la recogería hoy a las nueve en punto.

—Pues son las ocho y media hijo, ¿a qué esperas para irte?

—¿Qué? ¿En serio? ¡Que tarde, me tengo que ir ya!

Subí a cepillarme los dientes, di el discurso que me había preparado hace unos días frente al espejo. Le sonreí a mi reflejo, mostrando mis dientes. Retoqué uno de mis rizos con los dedos. Guardé la pequeña cajita que había dejado en el lavabo la noche anterior y me fuí a recoger a Lara.

SÁBADO

Capítulo 3

Las voces me despertaron.

Sentía un dolor de cabeza agudo y no podía ver nada. Ya que mi vista estaba bloqueada, decidí apoyarme en mis otros cuatro sentidos para que me ayudaran. Agudicé mi oído tanto como pude, sentía las palpitaciones de mi cabeza en mis oídos, no podía concentrarme. Pensé que sería mejor continuar y volver al oído más adelante. Así que, intenté mover mis brazos y piernas. No pude. Tan sólo tenía movilidad en mis dedos y podía mover las muñecas, lo cual quería decir que me encontraba atado. Tenía las manos atadas a la espalda. También podía girar mis pies de arriba a abajo y hacia los lados. «Vale» pensé. «Mis manos están atadas entre sí al igual que mis pies». «Pero...¿dónde estoy yo?»

Mis manos no habían tocado nada en su radio de movimiento pero mis pies tocaban el suelo. El tacto parecía familiar. «Parece la madera del suelo de la cabaña, creo que todavía sigo aquí.» Recordaba el calor reconfortante de la chimenea en mi cuerpo cuando llegué, del cual mi cuerpo había empezado a olvidarse de nuevo, ya que seguía estando desnudo, tan sólo abrigado por mis boxers.

Tenía que seguir con mi plan. El paso siguiente sería oler. Me dispuse a limpiar mi nariz tomando una honda respiración, con la mala suerte de que una bocanada de tos me vino de repente. Como no podía cubrirme la boca con las manos, cerré la boca fuertemente para aguantar la tos dentro y no hacer ruido. No quería que de quien fueran esas voces supieran que estaba despierto o incluso vivo para ellos.

La tos había rasgado mi garganta con su fuerza y mi boca se había quedado seca. Enseguida, sentí humedad en los ojos y comenzaron a arder. Mis lágrimas no caían por mi cara. «Debo de tener una venda en los ojos» pensé, mientras mordía mi labio inferior para aguantar el escozor que me habían provocado las lágrimas.

Iba tragando saliva para suavizar la garganta. Fue ahí cuando me di cuenta de que tampoco había bebido ni comido nada en muchas horas, desde la cena con Lara el viernes por la noche. Fue muy romántico. Ella se veía preciosa. Me quedé embelesado en cuanto la vi bajar por la escalera. Le dije lo hermosa que estaba y le di un beso en la mejilla. Serví un par de copas de champán y nos sentamos sobre la alfombra beige, junto a la chimenea. Lo mejor de todo, sus ojos verdes a la luz del fuego y como me miraban. Después...

«¡Ah! Mi cabeza, este terrible dolor cada vez es más fuerte...» No podía distraerme, tenía que pensar en cómo seguir con el plan si quería salir vivo de allí y encontrar a Lara.

VIÉRNES

Capítulo 3

Subí al coche y arranqué el motor. Encendí la radio y puse mi cadena favorita. Conduje hasta la casa de Lara. Aparqué en la entrada y fui a tocar el timbre. «¡Ding, dong!» Miré mi reloj. «Justo a tiempo», pensé sonriendo. Eran las nueve en punto. La madre de Lara, Alicia abrió la puerta y me invitó a pasar al salón. Me ofreció un café, el cual rechacé educadamente. Alicia me dijo que Lara bajaría enseguida.

Pude ver una maleta junto a la puerta de entrada y el bolso grande de color marrón que le había regalado por su cumpleaños hacía un par de meses.

Alicia parecía inquieta, caminaba del salón a la escalera a cada rato. Y siempre que entraba al salón decía: «ya baja» y me preguntaba «¿seguro que no quieres nada de tomar?». Yo le respondía que no con una sonrisa, ella se sentaba durante diez segundos en el sofá y decía: «ay Erik, perdona. Estoy algo nerviosa, ya se que no debería. Se que Lara y tú estaréis bien en Asturias. Pero... creo que el viaje tan largo, todo el fin de semana fuera y la sorpresa me tienen un poco intranquila» y se volvía a ir.

Por un momento sentí nauseas en el estómago... Esta vez, Alicia entró en el salón y parecía más serena. Detrás de ella venía Lara con la más cálida de las sonrisas diciendo: «a ver Erik, ¿cuándo me vas a decir a dónde vamos?».

Me levanté de un salto y me sacudí un poco los pantalones con las manos. Me había olvidado de las nauseas, eso era buena señal.

—Hola amor. Le dije abrazándola. ¡Espero que estés lista para nuestra aventura!

—¡Claro que lo estoy! Dijo acercándose para darme un beso en la mejilla.

—Ok, pues despídete de tu madre y nos vamos.

Su madre la agarró para abrazarla fuerte y dejó caer unas lágrimas.

—¿Qué te pasa mamá?, ¿No estarás llorando?

—No hija, es que estoy muy feliz. ¿Te despediste de tu padre ayer?

—Sí, cuando llegué del trabajo. Me dijo que hoy tenía que irse a trabajar muy temprano.

Cogí a Lara de la mano para hacerle saber que era hora de irnos.

—Adiós mamá, nos vemos en un par de días.

—Adiós hija, cuidaos mucho y pasadlo muy bien. Nos veremos a la vuelta.

Lara cogió su bolso marrón y yo cargué su maleta. Los dos subimos al coche y emprendimos nuestro viaje.

—Amor, estoy impaciente ¿me puedes contar ya? Dijo Lara posando su mano sobre la mía en la palanca de cambios automática.

Sonreí cariñosamente y le respondí: —Vale. Sí, te lo cuento ya.

Le dije que íbamos a ir a pasar el fin de semana a Asturias, al Parque Nacional de Los Picos de Europa y que haríamos esquí, por eso lo de empacar ropa de invierno. También le dije que el viaje lo haríamos en coche y que tenía previsto que llegaríamos sobre las seis de la tarde.

Lara flipaba, no se lo podía creer. Me apretaba fuerte la mano, se notaba lo emocionada que estaba.

—¡Me muero por vivir esta aventura contigo! ¿Cuál es el itinerario? Quiso saber Lara.

—Bueno, pues el plan es conducir hasta llegar a Madrid, donde haremos nuestra primera parada. Había pensado que podríamos comer allí. Luego seguiremos nuestro camino hasta llegar a León y parar allí para tomar un café y un descanso rápido. Después, continuaremos desde León hasta Cabañas Picos de Europa.

—Suena increíble, Erik. ¡Estoy deseando! Dijo apretando mi mano con emoción.

Tres horas y media después llegamos a Madrid. No hubo casi nada de tráfico por la A30, por lo que ganamos media hora. Paramos en un área de servicio a comer en un restaurante. La comida estaba muy buena. Pedimos un poco de jamón y queso para picar, un plato de ensaladillas variadas y un plato de calamares a la romana. Para comer yo pedí solomillo de cerdo a la pimienta y Lara comió una dorada a la sal. Decidimos no tomar postre, sólo un café con leche para mantenernos despiertos.

Lara me ofreció conducir ella el siguiente tramo del viaje pero le respondí que no. Yo quería que ella se relajara y disfrutara del paisaje.

Subimos al coche y seguimos nuestro camino hacia León. Cuantos más kilómetros hacíamos hacia el norte más bonito era el paisaje. Veíamos vacas, caballos, cabras y ovejas pastando en los prados. También se veían montañas enormes en la distancia.

La radio estaba puesta durante todo el viaje. Cuando sonaba una canción que nos sabíamos la cantábamos juntos, y a veces nos inventábamos un poco la letra. Otras, Lara actuaba la canción y ponía caras graciosas. Fue muy divertido.

Cuando empezaron a sonar canciones lentas el sueño pudo con Lara. Sus ojos iban cediendo, plácidamente hasta cerrarse. La dejé dormir. Sólo pensaba en esta noche y en lo especial que quería que fuese para ella.

Un hora más tarde llegamos a un área de servicio en León. Los dos bajamos a estirar las piernas. Fuimos al baño, pedimos un café y dimos un pequeño paseo por allí.

—Nos faltan dos horas más para llegar. Y si no hay tráfico llegaremos antes de lo previsto. ¡Estamos teniendo mucha suerte, amor!

—¡Qué bien, Erik! Me alegro de que esté yendo según lo habías planeado.

Después de una media hora de descanso subimos al coche de nuevo y conducimos dos horas más hasta llegar a nuestro destino.

SÁBADO

Capítulo 4

Forcé a mi cabeza para hacer un recuento mental de la información que había conseguido usando mis sentidos. Hasta donde sabía: estaba en la cabaña atado de pies y manos, había oído voces, mis ojos estaban vendados, ardían y no había comido nada desde la cena con Lara.

Sabía que podía esforzarme un poco más y conseguir más detalles.

Respiraba suavemente por la nariz, tratando de controlar las palpitaciones en mi cabeza. Después de varios minutos oí unos pasos. Cada vez los oía más y más cerca, viniendo hacia donde yo estaba.

Tenía miedo. Me quedé tan quieto como pude tirado en el suelo, en la misma posición en la que me había despertado. Sentía náuseas, los ojos me ardían y la cabeza me quería explotar.

—Aquí está. Le golpeé en la cabeza con el atizador de la lumbre. Dijo una voz.

—Pero ¿Lo has matado? Oí preguntar a una segunda voz.

—No, no. Yo creo que no. Cayó al suelo después del golpe y ni siquiera le salió sangre. Dijo dubitativa la primera voz.

—Y ¿por qué tiene los ojos vendados? Preguntó la segunda voz, algo más familiar.

«Son dos hombres, están hablando de mí». Dije en mi cabeza.

—Es que... me asusté, jefe. Creía que me iba a reconocer así que le eché ceniza en los ojos. Y además después de lo que me hizo el viernes se la debía. Le respondió la primera voz.

—¿Que hiciste que? Dijo la segunda voz furiosa.

—Bueno, pero luego me arrepentí. Empezó a salir humo de la cenizas así que se las quité con un trapo. Y como la zona de los ojos estaba roja pues... se los vendé. Dijo la primera voz temblorosa.

Los escuchaba discutir sobre mí. Yo seguía respirando despacio, intentando mitigar las palpitaciones de mi cabeza. «Ah, por eso me dolía tanto y por eso me ardían los ojos. El cabrón me había golpeado y me había quemado los ojos».

De repente me dí cuenta. El dolor de cabeza cesó de golpe. Yo conocía esas voces y podía distinguirlos perfectamente. Hasta incluso podía imaginarmelos, uno al lado del otro enfrente de mí. No me lo podía creer.

VIÉRNES

Capítulo 4

Llegamos a Cabañas Picos de Europa unos cuarenta minutos antes de lo previsto. Bajamos del coche y sacamos las maletas. El lugar estaba en medio de la naturaleza. Atravesamos un arco con el nombre del lugar medio escondido entre una enredadera y caminamos hasta la recepción. El edificio no era muy grande pero el exterior se parecía a un castillo.

—Buenas tardes y bienvenidos a Cabañas Picos de Europa. ¿En que les puedo ayudar? Dijo sonriendo el recepcionista.

—¡Hola! ¿qué tal? Expresé con voz alegre. Tengo una cabaña reservada para el fin de semana.

—Muy bien. ¿Me deja su DNI, por favor? voy a confirmarlo en el ordenador. Dijo el recepcionista de nuevo sonriendo.

—Por supuesto, aquí tiene.

El tipo llevaba un jersey granate con una placa donde se leía su nombre: Fermín. Parecía agradable, nos sonreía todo el rato. Echó un vistazo rápido a mi DNI y acto seguido comenzó a teclear muy rápido en el ordenador. Se empujaba sus gafas negras con el dedo índice cada diez segundos y hacía un ruidito de confirmación continuado.

—Sí, aquí está. Señor Walsh. Cabaña 3.

—¿Cómo? no puede ser. En mi hoja de confirmación dice Cabaña 8. Aquí tiene la confirmación de la reserva. Le dije a Fermín mientras dejaba sobre el mostrador el papel que había impreso en casa con toda la información.

—Un momento por favor. Voy a comprobarlo de nuevo. Dijo sin deshacerse de su sonrisa.

Echó un vistazo a la hoja. Lo noté algo nervioso, porque se empujaba las gafas con más frecuencia.

Lara me cogía de la mano. Con eso quería decirme que estuviera tranquilo y me miraba fijamente a los ojos. La verdad que eso me calmaba.

—Vale, ya está. Dijo de repente Fermín. Me he debido de equivocar al escribir el nombre y apellidos. Su cabaña es la número 8, para una pareja. Aquí tienen las llaves. Denme un minuto para avisar a Ramón. Ramón es el encargado de guiar a nuestros huéspedes por el bosque hasta su cabaña para que no se pierdan. El bosque puede ser como un laberinto ¿sabe usted señor Walsh?

No supe bien que decir así que sólo asentí con cara de tonto.

Fermín tocó una campanilla y de un puerta detrás del mostrador de recepción salió Ramón. Era un tipo rechoncho, bajito y con una cara muy seria. Llevaba un jersey de lana negro y unos pantalones vaqueros azul oscuro. Además, llevaba botas de escalada de color negro. Algo normal para cuando vives en la montaña imagino. Se puso un chaquetón azul marino, bastante grueso, lo hacía parecer más bajito y más fondón de lo que era. Se sacó un cigarro del bolsillo del chaquetón, el cual encendió y nos dijo que lo acompañáramos.

Fermín, el recepcionista nos dijo que nos veríamos el domingo para la entrega de llaves y que si teníamos alguna pregunta Ramón nos ayudaría encantado. Además, él nos explicaría todo el tema de comidas y ocio.

Seguimos a Ramón por un paseo de piedra hasta adentrarnos en el bosque. El paisaje era precioso. Estábamos completamente rodeados de naturaleza. Pasamos cerca de varias cabañas dejándolas a un lado. Ramón nos explicó que esas eran las cabañas impares. Luego tomamos un desvío junto a un árbol grande, donde se encontraban las cabañas pares hasta que por fin llegamos a la nuestra.

—Cabaña número 8. Dijo Ramón todavía con su semblante serio.

—Gracias por el paseo Ramón. El paisaje es precioso. Le dijo Lara con voz muy amable.

—Pues si no necesitan nada más, ya me voy.

—Un momento, espere. Me gustaría comentarle sobre la cena que había reservado para esta noche. ¿Tenemos que ir nosotros a recogerla o nos la traen a la cabaña?

—No se preocupe. Se la traeremos a la cabaña a la hora que usted nos diga. Es mejor que los huéspedes no salgan de la cabaña por la noche sin un guía ya que es muy fácil perderse en el bosque. Además, podrían acabar en otra cabaña y no saber volver a la suya o peor, podría aparecer de repente un animal grande y hacerles daño.

—Vale, gracias por su consejo. En ese caso ¿podría por favor, traernos la cena a la cabaña a las nueve?

—Sí. No habrá problema. Si necesitan alguna otra cosa más, en la cabaña hay un teléfono con el número de recepción.

—Muchas gracias por su ayuda Ramón. Nos vemos esta noche. Le dije mientras caminábamos hacia la entrada de la cabaña.

SÁBADO

Capítulo 5

—Y ¿Lara? Esuché preguntar a Chris.

—Arriba. Dormida en la cama. No te preocupes ¿eh? que a ella no le hice nada. Sólo la ayudé a dormirse con un poco de cloroformo. Y poco después este idiota se presentó en la cabaña. Respondió Ramón, el encargado de las cabañas.

Ramón continuó hablando:

—Bueno y ahora ¿qué vamos a hacer, jefe?

—¡Cállate! Le espetó con un grito Chris. Necesito pensar. Yo no te pagué para esto. Todo esto no formaba parte del plan.

«¿Qué? ¿cómo podía ser verdad? ¿Chris había planeado algo para hacernos daño? Pero si es mi hermano, nos llevamos bien hasta incluso él se encargó de reservar la... la cabaña».

Los pasos comenzaron a alejarse hasta llegar a la escalera por la cual subieron los dos. Lo supe por el crujido doble en cada escalón.

«Si le hacen daño a Lara no se de lo que soy capaz» me dije furioso.

El salón estaba frío. La lumbre debía de haberse consumido por completo ya. Y yo estaba allí tirado en el suelo atado e inmóvil. Me sentía tan impotente... Tenía que hacer algo.

Había averiguado muchas cosas pero todavía tenía lagunas de lo que había pasado el viernes por la noche. Respiré hondo y conté hasta diez. Me fui al último recuerdo que tenía de la noche del viernes.

Lara y yo bebiendo champán sentados en la alfombra junto al fuego.

Cerré mis ojos, durante unos minutos. Los apreté fuertemente como si eso me fuera a ayudar a recordar. Creo que funcionó porque recordé lo que pasó después.

Tocaron a la puerta y abrí. Era Ramón, que nos traía la cena que había encargado. Lo único raro de eso fue que antes de marcharse nos preguntó si teníamos planes de salir de la estancia esa noche. Yo le respondí que no. Recuerdo que él dijo que sólo quería asegurarse de que la cabaña se quedase vigilada si teníamos intención de salir. Después se marchó.

«Vamos Erik, que más, recuerda».

Lara y yo cenamos, tomamos los postres y... sí salimos afuera a ver las estrellas. Yo tenía algo para ella... Después entramos de nuevo a la cabaña. No, ella entró primero y yo... Yo oí ruidos entre los árboles. Justo entonces algo se abalanzó sobre mí.

Oía a Lara gritar. Lo que fuera que tenía encima pesaba muchísimo. Lara seguía gritando de terror. Recuerdo deshacerme del peso. Pensé que era un ladrón. El tipo quería pelea y yo me defendí como pude.

Recuerdo estar tirado en el suelo, ahogándome, un grito y luego sangre. Recuerdo también la cara de Lara, aterrada y paralizada.

Luego... recuerdo tropezarme y caer al suelo.
Después... me desperté en el bosque.

VIÉRNES

Capítulo 5

El número 8 de la cabaña estaba pintado con pintura negra. Lara abrió la puerta y yo la seguí. Al entrar nos encontramos con el salón-cocina. Era bastante amplio para ser una cabaña. Se veía más grande en realidad que en las fotos. Vi la alfombra beige junto a la chimenea. Subimos a la planta de arriba y dejamos las maletas junto a la cama. Lara fue al baño y yo la esperé en la habitación.

Me senté en la cama y luego me tumbé. El colchón era bastante cómodo. Ni muy blando ni muy duro. La decoración del cuarto era sencilla. Un par de lámparas sobre dos mesitas de noche, un armario de madera de roble, robusto y un cuadro de un ciervo colgado en la pared sobre la cama. Lara salió del baño y se tumbó conmigo en la cama.

—Me encanta todo esto Erik.

—¿Cómo te sientes, amor? Le pregunté acariciando suavemente su cara con el reverso de mis dedos.

—Bien. Un poco cansada porque ha sido un viaje largo pero me siento muy feliz. Necesitábamos un tiempo a solas. Ya que entre mis padres, tu hermano y tu padre es bastante difícil conseguir estar solos.

—Sí, lo sé. Por eso planeé esta escapada. Nos lo merecemos. Nos merecemos estar solos tú y yo.

Tumbados en la cama nos besamos e hicimos el amor.

Me di cuenta de que nos habíamos dormido cuando abrí los ojos. Nuestros cuerpos desnudos y abrazados. Llamé a Lara cariñosamente hasta que se despertó. Miré mi reloj y le dije que eran las siete y media. Teníamos una hora y media para ducharnos y arreglarnos para la cena.

Lara me dijo que fuera a ducharme yo antes, que tardaría menos que ella en estar listo en caso de tener que recibir a Ramón con la cena.

Así que me fui a la ducha y Lara se quedó en la habitación escuchando música mientras preparaba su vestido y maquillaje.

Yo no tardé más de media hora en estar listo. Lara se metió en la ducha cuando yo salí. Saqué mi ropa de la maleta. No estaba casi arrugada. Me puse los pantalones negros, la camisa blanca y la chaqueta negra. Metí la mano en el compartimento secreto de la maleta, donde había guardado la cajita y me la eché al bolsillo del pantalón.

Después, bajé y encendí el fuego de la chimenea. Preparé la mesa con un par de velas que encontré en un armario de la cocina. Puse un par de platos, cubiertos y servilletas. Luego me senté en el sofá. Aunque había una pequeña tele en la pared no la encendí. Repasé una y otra vez en mi cabeza el discurso.

De pronto, oí la madera de la escalera crujir. Lara por fin iba a bajar. Estaba emocionado y

ansioso, el momento cada vez estaba más cerca. Me puse de pie cuando la vi bajando. Estaba preciosa en el vestido burdeos que llevaba, con el moño arreglado que se había hecho y no dejaba de sonreír. Se veía radiante.

—Amor, ¡estás preciosa! Le dije dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, cariño. Tu también estás muy guapo. Me respondió sonriendo y guiñando un ojo.

Fui a la nevera y saqué la botella de champán que había dentro. Agarré dos copas y nos serví un poco de champán. Agarrados de la mano nos sentamos en la alfombra beige junto al fuego. Brindamos por nosotros y por un fin de semana inolvidable. Estuvimos conversando y después de unos minutos tocaron a la puerta.

Me levanté y le abrí la puerta a Ramón, que entró con una bandeja y varios platos tapados, que Lara y yo colocamos sobre la mesa.

—Gracias Ramón, eso es todo.

—Muy bien. ¿Tienen pensamientos de salir esta noche de la cabaña?

—Eh... pues no, no creo. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por saber. Ya saben que si quieren salir necesitan un guía por el bosque y si ese fuera el caso, me gustaría dejar su cabaña vigilada para que pudieran salir tranquilos.

—No se preocupe. Dijo Lara con una sonrisa. No tenemos intenciones de salir esta noche. Muchas gracias por su atención, Ramón.

—Bueno. Adiós, entonces.

—Adiós y buenas noches. Dijimos Lara y yo a la par.

El salón-cocina se sentía muy acogedor entre el fuego y las velas. Nos sentamos a la mesa. Había encargado merluza a la marinera con gambas y almejas. También, un plato de carne asada típico de Asturias. Y para terminar nos trajeron un variado de postres: casadielles, tarta de manzana y tarta de limón.

La comida estaba buenísima y nos dejó llenos. Le pregunté a Lara si le apetecía salir afuera a ver las estrellas y pasear cerca de la cabaña. Le agradó la idea así que salimos.

Hacía una buena noche. El cielo estaba medio despejado. Había alguna nube gris aproximándose y el aire fresco nos avisaba de que por la noche nevaría.

Caminamos por la parcela de la cabaña, cogidos de la mano y conversando. Nos paramos a admirar el paisaje a nuestro alrededor, las montañas cercanas, las montañas en la distancia. Estaba siendo una noche perfecta. Justo ahí, me decidí. Era el momento.

Miré a Lara a los ojos. Le agarré de la mano y le dije lo importante que era para mí. Cómo me hacía sentir seguro y vivo desde que estábamos juntos. Ella sacaba todo lo bueno que había en mí y me hacía ser mejor persona. Le dije que la amaba y que quería pasar el resto de mi vida junto a ella. Me arrodillé, metí la mano en el bolsillo de mi pantalón, saqué la cajita y la abrí. El anillo brillaba a la luz de la luna igual que sus ojos.

—Lara, ¿te quieres casar conmigo? Mis ojos se humedecieron de la emoción.

Los ojos de Lara demostraron sorpresa al igual que su mano libre la cual llevó a su pecho.

—Amor, ¡claro que quiero casarme contigo!

Me levanté. Cogí el anillo y se lo puse en el dedo. Ella se lanzó sobre mí con los brazos abiertos. Nos besamos. Los dos teníamos lágrimas de felicidad. Me dijo que me amaba y yo se lo dije a ella.

Nos dirigimos a la cabaña. Lara entró primero y fue ahí cuando oí un ruido entre los árboles.

Pensé que era un animal así que, entré a la cabaña también. Sólo que no entré sólo. Tenía algo colgado sobre mi espalda. Pesaba muchísimo y me hizo caer sobre la mesa donde habíamos cenado. Todos los platos cayeron al suelo.

—¡Erik! ¡Erik. Gritaba Lara llorando.

Saqué fuerza y agarré aquello tan pesado y lo lancé tan lejos como pude. Cuando cayó, me dí cuenta de que no era un animal sino una persona. Todo vestido de negro, como una mancha. No podía verle la cara porque llevaba un pasamontañas, también negro. Parecía más bajo que yo y grueso. Aquel bulto redondo se abalanzó sobre mí de nuevo. Estaba dispuesto a matarme. Agarró mi cuello entre sus manos y apretó. Casi no podía respirar. Intenté patearle sin mucha suerte.

Aquella persona rugía de rabia y de repente emitió un sonido muy diferente. Un sonido agudo de dolor. Miré hacia mi camisa y vi mucha sangre. Me asusté muchísimo. Acto seguido, las manos de aquella bestia aflojaron mi cuello. No podía ver a Lara por ningún sitio. Segundos después aquella persona cayó al suelo y descubrí frente a mí a Lara, muerta de miedo y sujetando un atizador ensangrentado.

Me levanté corriendo y fui a abrazarla. Estaba temblando. Le quité el atizador de las manos y puse la punta en el fuego para quemar la sangre. Lara me miró, llorando y se desmayó en mis brazos. La tumbé con cuidado en el sofá.

Aquella persona, estaba tirada en el suelo y no se movía. Pensé que estaba muerto. Me acerqué con cuidado para sentir su pulso y llamar a una ambulancia, a recepción y a la policía. De repente, el tipo movió una pierna rápidamente, golpeando la parte trasera de mis piernas y haciéndome caer al suelo.

SÁBADO

Capítulo 6

Por fin lo había recordado todo. Por eso me había despertado esta mañana en el bosque, me habían llevado ellos. Y por eso mi camisa estaba manchada de sangre. Pero ¿por qué? ¿Por qué nos hacía esto Ramón? Y ¿qué tenía que ver Chris en todo esto? Eran preguntas que todavía no tenían respuesta pero yo iba a pelear por conseguirla.

Al menos sabía que Lara se encontraba bien y no estaba lejos de mí. Tenía que buscar la forma de llegar hasta ella y rápido.

Tenía que conseguir deshacerme de las cuerdas que mantenían mis manos y pies atados si quería tener alguna oportunidad de salir con vida de allí. No sabía si esta era mi cabaña o no, lo que sí sabía era donde se encontraba cada cosa en el salón-cocina.

Pensé que sería más fácil liberar mis pies primero. Así que me senté en el suelo y comencé a arrastrarme como la ayuda de mi culo y mis piernas. Parecía un gusano. Desde mi posición inicial llegué hasta algo suave y cálido según me transmitía el tacto de mis pies. Eso sólo podía ser una cosa: la alfombra. Si seguía un poquito más llegaría hasta la chimenea. El fuego se había consumido por completo por lo que no sería de gran ayuda.

Recordé escuchar a Ramón decir que me había pegado con el atizador del fuego, así que me dirigí con mi paso de gusano hasta donde recordaba ver en mi cabeza los utensilios del fuego. Sentí algo frío en los dedos de mi pie derecho. Los había encontrado. Con ayuda de mis pies, los tiré a la alfombra para insonorizar el ruido que pudieran hacer al caer. Pasé mi pies por la escobilla, el recogedor de ceniza y finalmente sentí el pico puntiagudo del atizador. Lo coloqué con mis pies como pude y me tumbé a lo largo con la cuerda encima del pico y comencé a mover mis piernas de arriba a abajo para serrar la cuerda.

Al cabo de un par de minutos mis pies estaba sueltos y los cortes que me había hecho en los tobillos mientras me liberaba habían merecido la pena.

Oía voces arriba, discutían pero no podía distinguir lo que decían. Me puse de pie y me coloqué de espaldas a la pared. Caminé de lado y noté como dejaba la chimenea atrás. Luego vendría la escalera a mi derecha hasta llegar a la cocina. Fui con mucho cuidado para que la madera no crujiera con mis pasos y me delatara. Pasé la escalera como veía en mi cabeza y llegué a la encimera de la cocina. Abrí un par de cajones sin suerte hasta que en el tercero encontré lo que parecía un cuchillo según lo tocaron mis dedos.

Con un poco de esfuerzo conseguí traer mis manos atadas frente a mi barriga. Parecido a una comba. Primero pasé mi culo, luego mis piernas y finalmente los pies. Sujeté el cuchillo bocabajo con mis dedos, separé un poco las muñecas y serré la última cuerda. Por fin estaba libre, además de ganarme algún que otro corte en la muñecas también.

Por último, tenía que quitarme la venda de los ojos. Me daba un poco de miedo. ¿Y si no

podía ver? Cuidadosamente, me quité la venda con las manos. Me dolía alrededor de mis ojos, podía sentir con la yema de mis dedos la piel quemada. Olía un poco a barbacoa. Abrí lentamente mis ojos. Oscuridad. Supuse que tomarían un poco de tiempo en acostumbrarse a la luz. A los pocos minutos comencé a ver motitas y sombras. Había recuperado algo de visión.

Por ahora tendría que seguir así. Me dispuse a pensar un plan. No podía subir arriba sin más, me matarían. No podía llamar a recepción y pedir ayuda, por que no sabía si Fermín o quien estuviese allí también estaba compinchado.

¿Y si iba a otra cabaña a pedir ayuda? ¿Y si mataban a Lara por haberme escapado? No, era un riesgo que no podía tomar. Pero, si quisieran matarnos... ¿no lo habrían hecho ya? ¿Por qué se deshicieron de mí en el bosque pero se quedaron con Lara?

¡Ya está! Eso era. No me querían a mí, sino a ella. En realidad daba igual si yo vivía o moría. «Tengo que darme prisa y trazar un plan seguro antes de que bajen».

SÁBADO

Capítulo 7

Pensé que podría utilizar el elemento sorpresa, ya que ellos estaban allí arriba y no tenían ni idea de que me había conseguido liberar de las cuerdas. Pero, además necesitaba algo con lo que poder defenderme si me atacaban. Puesto que todavía me encontraba muy débil, hambriento y medio ciego.

Me acordé del atizador de fuego, el cual había resultado una herramienta muy poderosa durante todo el finde de semana. Me acerqué a la chimenea, «debe de estar cerca» me dije. Lo había dejado por ahí después de cortar las cuerdas.

«Sí, ahí está». Se encontraba sobre la alfombra beige. No sé si había mucha luz en la habitación ya que tampoco veía muy bien, pero cuando lo palpe con mis dedos algo me pareció raro. Parecía estar limpio. Sin ningún rastro de sangre.

Recordaba haberlo dejado en el fuego el viernes por la noche. Tal vez la sangre se había quemado por completo y había desaparecido.

De repente, oí la voz de Chris. Por el tono parecía muy enfadado.

Me vino una idea a la cabeza. «¿Y si les engañaba?» Fui dando zancadas rápidas hasta la puerta. La abrí con cuidado para evitar que chirriara como la última vez. Mi mano, sujetaba el pomo de la puerta mientras mis ojos miraban al exterior. Por un momento sentí ganas de correr... Un segundo después lo ví. El número 8 de la cabaña había desaparecido. La puerta chorreaba pintura negra, como la cera de una vela derritiéndose y dejando a la vista el número 3 en ella.

Me quedé ahí, boquiabierto, sin saber qué hacer. Mi cerebro intentaba procesar esa nueva información y a la vez poder darle sentido. «Esta no era mi cabaña» me dije con un grito mudo. Por eso, el atizador del fuego no estaba manchado. Ahora, no me parecía tan raro.

Entonces, eché a correr dejando la puerta abierta. La nieve ya no era tan densa y me era más fácil. Hice varios recorridos para dejar diferentes marcas y así confundirlos. A continuación, seguí las pisadas de uno de mis recorridos hasta llegar de nuevo a la cabaña. El número 3 seguía allí, intacto. Lo froté con el dedo, pero no se borró. Alguien había pintado un 8 encima del 3 para hacerme creer que esta era mi cabaña... ¿Por qué?

Entré de nuevo a la cabaña. Agarré el atizador que había dejado en el suelo y cerré la puerta con todas mis fuerzas. El portazo sonó fortísimo. Yo ya estaba escondido debajo de la escalera enfundando mi arma.

Escuché a Ramón preguntar qué había sido eso. A lo que Chris le respondió que fuera a averiguarlo.

Ramón daba pasos cortos y pesados. Intentaba ir rápido pero no podía. La escalera crujía muchísimo con cada escalón que bajaba. Justo antes de llegar al final de la escalera se le resbaló un pie y cayó de culo, deslizándose por los tres últimos escalones.

—¡Ay, ay!. ¡Mi herida, joder!

Cuando se levantó miró en derredor mientras se posaba una mano en la barriga.

—¡No le veo, no le veo! Decía gritando.

«Esa herida se encontraba en un lugar muy similar al de la persona que Lara apuñaló el viernes...»

—¿Qué pasa? Escuché a Chris preguntar desde arriba.

Estaba claro. Aquella persona con la que había peleado el viernes era Ramón. No cabía duda y Lara le había herido. Estaba vez estaba preparado y tenía el factor sorpresa.

—¡No le veo, jefe! Gritó Ramón más alto.

—¡Pues búscalo, no puede estar muy lejos si está atado!

Ramón se acercó medio cojeando a la puerta y encendió la luz del salón-cocina. Yo me quedé muy quieto, agachado debajo de la escalera. Después de echar un vistazo rápido, abrió la puerta y salió al exterior. A los pocos segundos entró de nuevo.

—¡Se ha ido, jefe!

Chris bajó corriendo y Ramón apuntó con el dedo hacia afuera. Estaba seguro de que las huellas que había hecho les había desconcertado.

—¿Qué hacemos, jefe? No podemos dejar que se escape ni que pida ayuda.

Mi hermano sujetaba la puerta con una mano. Por la rendija de un escalón vi su sombra tocar la puerta.

«Se ha dado cuenta también» pensé.

—Ya lo sabe. Le oí decir.

—Vete y búscalo en su cabaña. Pero esta vez no lo dejes vivo.

—¿Está seguro?

—Sí. Se ha convertido en un problema. Tendré que incluir su muerte el nuevo plan.

Ahora, ¡vete!

DOMINGO

Capítulo 1

«Ramón le llamaba jefe y ahora Chris estaba dispuesto a matarme. No cabía duda de que todo esto había sido idea suya, aunque seguía sin saber por qué».

Chris cerró la puerta. Se pasó la mano por el pelo. Se fue a la cocina, cogió un litro de cerveza y se sentó en el sofá. No dijo ni una palabra. Se quedó allí mirando a la nada hasta que se acabó la cerveza. Cuando se levantó su cuerpo se tambaleó un poco. «Debe de estar bebido» me dije.

Se dirigió a la escalera, subía despacio y agarrado a la barandilla. Le oí encender una luz y luego el ruido del agua del inodoro al hacer pis. Estiró de la cisterna y se dirigió a la habitación donde estaba Lara. «Como le haga algo...»

Un minuto después lo escuché bajar la escalera de nuevo y vi su sombra tumbarse en el sofá.

No supe muy bien cuánto tiempo había pasado pero se había quedado allí dormido. Roncaba ensordecedoramente.

Ese era mi momento. Tenía que salir de mi escondite e ir a ver a Lara. Crucé los dedos para que no se despertara y subí cada escalón con mucho cuidado, agarrado a la barandilla y evitando el crujido de los peldaños de madera.

Cuando por fin había llegado arriba mi visión se tornó más oscura. Fui palpando las superficies hasta llegar a un espacio abierto. Había llegado a la puerta del cuarto. No podía encender la luz por miedo a ser descubierto. Por la ventana, la luz de la luna alumbraba la cama donde estaba Lara acostada. Podía apreciar su sombra. Le acaricié el pelo, la cara... noté que estaba amordazada. La besé en la frente y la llamé suavemente.

Puse mis dedos en sus párpados, podía sentir cómo se abrían, despacio y se volvían a cerrar. Le hablé en el oído. Le dije que era yo que había venido a por ella y que nos iríamos de aquí juntos.

Lara abrió los ojos, mis dedos se humedecieron. Estaba llorando. La calmé y le quité la mordaza de la boca. Lo primero que dijo fue —«Chris. Ha sido Chris». Le contesté que sí, que ya lo sabía todo y que Ramón le había ayudado.

Le pregunté a Lara si estaba bien o si le habían herido. Me respondió que se encontraba bien y que podía caminar. Le conté a Lara que Chris estaba dormido abajo en el sofá y que teníamos que intentar conseguir sus llaves del coche y un teléfono. Lara respondió que lo haría ella ya que Chris no le haría daño y que si se despertaba disimularía. Me pareció un poco arriesgado pero ella tenía razón.

Lara me besó y se dirigió abajo. Yo desgarré las sábanas en varios trozos suficientemente largos como para poder atar a alguien con ellos. Casi no oía los pasos de Lara. Estaba siendo muy cuidadosa de no hacer ruido. Abrí el armario de la habitación y palpé algunas prendas. Encontré

un par de pantalones vaqueros y un jersey. Busqué con mis manos algún calzado que pudiera haber en el armario. Nada. Palpé debajo de la cama hasta que dí con un par de botas que agarré con mi mano izquierda y con la derecha agarré el atizador que había dejado momentáneamente en la cama.

Bajé las escaleras de dos en dos casi sin dejar mi peso en los peldaños. Veía la sombra borrosa de Lara hacerme gestos desde la distancia. De pronto, vi otra sombra levantarse frente a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo te has despertado?

—Me has asustado. Me acabo de despertar. Bajé a por un vaso de agua y te ví aquí. Dijo Lara tratando de disimular.

—¿Seguro? Preguntó Chris dudoso y sujetándola de un brazo.

—Sí, y ¡Suéltame, me haces daño! Gritó Lara haciendo un aspaviento.

—Lo siento, perdona. Sabes que lo eres todo para mí. Nunca te haría daño.

Es que mi hermano se ha escapado. Anda por ahí suelto y pensaba que te habría ido a buscar.

—Estoy bien. Le respondió Lara tajante.

Y, entonces ¿dónde crees que está Erik?

—No sé. Seguramente ahora ya esté muerto. Creo que ha descubierto que esta no es la cabaña 8, habrá ido a por tí a la vuestra y le dije a Ramón que se deshiciera de él.

—¿Qué? ¡Me lo prometiste! Me dijiste que no le harías daño si me iba contigo voluntariamente.

—Lo se, pero eso fue ayer. Entiende que los planes han cambiado. Ha averiguado muchas cosas y es mejor que esté muerto. Así, estaremos juntos y ni siquiera pensarás más en él.

Había conseguido esconderme de nuevo mientras ellos discutían. «¿Qué está pasando aquí?» me pregunté incrédulo.

—Venga, vamos arriba a dormir, son las cuatro de la madrugada. Dijo Chris intentando darle un beso.

Lara le esquivó poniendo su mejilla. Chris se molestó y le reclamó un beso en los labios estrujando su cara con sus dedos..

No soporté lo que le estaba haciendo así que, me puse las botas, metí los recortes de sábana en el bolsillo del pantalón y salí de debajo de la escalera sujetando el atizador en frente de mí.

—¿Qué? ¡Eres tú! Gritó Chris enfurecido.

—¡Me has engañado! Le dijo a Lara empujándola y lanzándola contra el sofá.

—Te vas a arrepentir de todo esto Chris.

—Jaja, tu si que te vas a arrepentir de haber salido de tu escondite hermanito. Vas a desear que te hubiera matado la primera vez.

Chris sacó de la cintura de su pantalón algo pequeño y oscuro que blandió en frente de mí. Mi vista seguía borrosa. En aquel momento no sabía lo que era pero pronto lo averiguaría.

DOMINGO

Capítulo 2

Hora 4:15

—Mi primer instinto fue ganar tiempo. Tenía que saber por qué había pasado todo esto así que le pregunté a Chris.

—¿Por qué has hecho todo esto? Le pregunté con voz decepcionada.

—Está claro, ¿no? Respondió él con tono chulesco.

—No, no lo está. Siempre nos hemos llevado bien. Estás en el grupo de mis colegas, salimos juntos. Eres amigo de Lara.

—Exactamente. Ya estaba cansado de ser el segundón. Quiero dejar de ser el hermano de y ser Chris. Tus colegas no me ven como a uno más, sino como a tu hermano igual que Lara. Por eso decidí que las cosas tenía que cambiar. Y la única forma es haciéndote desaparecer de sus vidas. Me quedaré con tus colegas cuando ya no estés y Lara será mi novia. La cuidaré como se merece, como en ninguno de estos años tú fuiste capaz de hacerlo. La haré sentir especial y feliz.

—Entonces, ¿has hecho todo esto por celos?

—¡No, celos no! Por justicia. Por que yo me lo merezco. Por que soy mejor que tú. Ya es hora de que la vida me sonría a mí. Siempre he estado bajo tu sombra. Incluso siendo un jugador de baloncesto famoso. Yo debería de ser la estrella pero no, todo el mundo quiere al cocinero de pacotilla que eres. Pero yo les enseñaré la realidad.

—¿A costa de mi vida? El ardor había vuelto a mis ojos debido a las lágrimas.

—Sí, si es necesario. Respondió Chris muy seguro.

—¿Qué crees que va a decir papá?

—Papá estará triste por tu muerte. Un trágico accidente por un acantilado. No creo que la pena le dure más de una semana cuando se de cuenta de que me tiene mi. Se alegrará de saber que no fui yo quien murió sino tú.

—Y ¿mamá?

—¡Cállate! ¡Mamá está muerta, por tu culpa! Si nunca hubiera ido a verte cocinar a aquel programa nunca habría tenido el accidente de coche. Así que ni la nombres, ¡idiota!

Podía sentir la ira en su aura. Parecía que todo lo que decía lo creía de verdad. Lara me hacía señas que no distinguía desde el sofá.

—Te equivocas. No fue culpa mía, fue un accidente.

Antes de que pudiera terminar la frase se oyó un ruido atronador seguido de un grito profundo mío. Aquel ruido había dejado un olor a pólvora tras él y a mi en el suelo. Por fin, había descubierto el arma que mi hermano tenía frente a mí. Y esta era difícil de contraatacar y salir ganando con vida.

—¿Qué has hecho? No te lo perdonaré en la vida. ¡Nunca podría estar con alguien como tú, nunca! Notaba la mano de Lara agarrando la mía.

—No seas tonta, Lara. Nos estoy haciendo un favor. Ven conmigo y nos iremos de aquí.

—Eres la peor persona que en conocido en mi vida, Chris. Y ¡Estás muerto para mí!

—¿A sí? ¿Eso es lo que piensas? Entonces no tiene sentido dejarte con vida a ti tampoco.

Justo antes de que Chris apuntará con el arma de nuevo, Lara cogió el atizador que tenía yo en la mano, se levantó muy rápida y se abalanzó sobre él. Le golpeó en la frente con él. Chris se echó la mano libre a la cabeza.

—¡Zorra, te voy a matar! Gimio enfurecido.

De nuevo, Lara le golpeó, esta vez en la mano que sujetaba la pistola, clavándole la punta y haciendo que Chris la tirara. Él se agarró la mano ensangrentada con la otra. Lara le pegó una patada a la pistola alejándola de él. Apuntaba el atizador muy cerca de su cuello y le dijo que se arrodillara.

Mientras yo me desangraba en el suelo mi prometida luchaba por los dos. Estaba muy orgulloso de ella. De su valentía y de su instinto de supervivencia. Veía luces azules y rojas por las ventanas. Supuse que estaba perdiendo la consciencia. Alguien derribó la puerta de la cabaña de una patada. Más sombras oscuras y voces dentro de la cabaña.

—Christopher Walsh, queda usted detenido por intento de asesinato en primer grado. Tiene derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagarlo se le asignará uno de oficio.

Sonaba a película. No recordaba que televisión de la cabaña estuviera encendida. Sentí a Lara cerca de mí de nuevo. Me cogió de la mano. Me acarició la cara.

—Ya ha terminado todo, amor. Te vas a poner bien. La escuché decir tiernamente.

—¿Qué está pasando? Le pregunté.

—Conseguí el teléfono de Chris y avisé a la policía de lo que estaba ocurriendo. Y mandaron una patrulla a la cabaña 3. Me explicó Lara.

Mis ojos hicieron un último esfuerzo por distinguir su rostro de entre las sombras borrosas.

—Qué bonita eres, le dije sonriendo. Después mis párpados se cerraron y ya no vi nada más.

UN AÑO DESPUÉS

Fue muy difícil para Lara poder volver a la normalidad. Muchas cosas cambiaron desde aquel día. Lara tenía pesadillas casi cada noche. Aunque habían mejorado gracias a las sesiones con el doctor Pineda. Él era el terapeuta que la trataba del trauma sufrido aquel fin de semana desde que volviera.

Lara declaró ante la policía todo el fin de semana que vivió. La policía confirmó que había dos cabañas a nombre de Walsh. La 8 era de Erik y la 3 reservada por Chris. Además, encontraron pintura en un armario de la cabaña 3 que demostraba ser la misma pintura utilizada en la puerta.

En cuanto a Chris. Lo encerraron en un penal de máxima seguridad en Soto del Real, en Madrid. La sentencia dictó cadena perpetua.

Creo que papá fue a verle una vez.

Papá es el que peor lo ha llevado. Está triste, deprimido y se siente culpable. Pero papá no tiene culpa de nada. La culpa es de quien ha cometido el delito.

La policía encontró el cuerpo de Ramón medio devorado por un animal salvaje en el fondo de un barranco casi al final del bosque. Un final triste para su familia. ¿O no? ¿Es mejor estar muerto o encerrado en una prisión?

En cuanto a mí, pues bien. Cuando desperté en el hospital, la policía me interrogó largo y tendido, y Lara estuvo conmigo todo el tiempo, al igual que papá.

Pasé un par de meses en el hospital hasta que me recuperé de la nefrectomía parcial, es decir, de la extirpación parcial de mi riñón izquierdo, dañado por la bala disparada por Chris.

Además, estoy cuidando mucho mi dieta, tal vez un poquito más que antes. Es fácil siendo cocinero. En lo que respecta a mis ojos, también se han recuperado completamente. Debo de llevar unas gafas especiales, con lentes oscuras para que la luz no los dañe. Pero no tengo cicatrices. Sí he notado que se cansan con más rapidez, pero me lo tomo con calma. Lo más importante es que no he perdido visión.

Hoy Lara y yo nos casamos. Fue ella quien eligió la fecha. Decía que era un punto y final al pasado. Y que la felicidad volvería a llenar nuestras vidas a partir de hoy.

Vamos a celebrar la boda en la playa, con todos nuestros amigos y familiares. Banquete en un restaurante, música, baile, familia y lo más importante: ella, yo y toda nuestra vida por delante.

Por cierto, ¡voy a ser papá!

Dedicatoria

Para Amy, la persona que me animó a escribir mi primera novela corta.

Gracias por tu apoyo y creer siempre en mí. Por eso, la creación de esta novela es para tí.